

8.

EL FUDE VERDE

Entró en el cementerio temblando. Caminó los pasos que le separaban del patio donde se encontraban las primeras lápidas, apartando arbustos y ramas de glicinia a su paso. Por el rabillo del ojo vio a Myoden, el viejo espíritu, deslizándose a lo lejos en la misma dirección que él. Su cuerpo semi transparente parpadeaba en las sombras. Muchas de las lápidas estaban caídas, derrumbadas y rotas sobre la tierra. Entre los restos de piedra, se encontró a Toyoshi agazapada, llorando. Aoki corrió hasta ella.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó arrodillado en el suelo—. ¿Estás bien?, ¿dónde está Chen?

—Yo estoy bien. No me ha hecho nada —dijo entre sollozos—. Chen... Venía a por Chen. Aoki sintió como si una mano le apretara el estómago.

—Dónde está —le preguntó atenazado por el miedo, levantándose y buscando a su alrededor.

Pero no hacía falta que Toyoshi se lo señalara. En la parte más alejada del cementerio, entre los cedros, unas plumas rojas teñían el espacio entre los árboles y se acercaban, sacudiendo las ramas como látigos. Unas enormes alas apartaron las hojas, inclinando los troncos para hacerse paso. El Sojobo lo miró, sus ojos sonreían con un negro brillante y palpitante.

Aoki corrió hasta él con la lanza en la mano. Sorteó varias tumbas y saltó sobre una lápida, para tirarse con todo su peso contra el Sojobo. Pero una forma blanca a los pies de él lo distrajo en el vuelo y la criatura le asestó un golpe con el ala que lo mandó directo al suelo.

El Sojobo rio.

—¿Ahora sí me prestas atención? —dijo el dios de la montaña de Kurama.

Aoki se incorporó con un brazo y buscó con ansiedad, rezando por dentro todos los sutras que recordaba.

Frente a los pies del Sojobo encontró el cuerpo inerte de su amiga.

—¡Chen! —gritó alzándose y corriendo hacia ella.

—Parece que todavía no tengo tu atención —se quejó el Sojobo poniéndose de cuclillas para observar la escena.

Aoki lo ignoró y se lanzó sobre el cuerpo de Chen. Estaba caliente pero no oía su corazón. Puso los dedos sobre su cuello buscando desesperadamente el pulso.

—No busques vida ahí dentro, Aoki.



Aoki levantó la cabeza para mirarlo, incapaz de creer.

—Le advertí a su padre que no volviera por aquí —dijo el Sojobo incorporándose, encogiendo sus alas en un gesto demasiado humano.

Aoki temblaba incontroladamente. Tomo a Chen como pudo en sus brazos, dándose cuenta de lo poco que pesaba, y la dejó a un lado, junto a unas grandes lápidas.

Después, volvió frente al Sojobo que lo esperaba con una gran sonrisa bajo su largo pico amenazante.

—¿Sabes?, cada vez que pisas esta montaña, me llamas, Aoki, pero por una vez, no has sido tú el que me ha llamado.

Aoki le ignoró. La rabia hervía en sus puños. Pegó un grito y se lanzó contra el señor de los tengus. Éste, desplegó las alas y detuvo todos los ataques con sus alas desplegadas y sus garras afiladas, como si tuviera bastones en lugar de uñas y carne.

El Sojobo se reía y Aoki se desesperaba después de cada estocada inútil.

Un ruido de pasos le alertó desde detrás. Con un rápido vistazo, vio que se habían acercado sus compañeros. Todos estaban listos para atacar. En el centro, el maestro Kitagawa.

Aoki sintió un miedo intenso al verlos. Recordó el día que sus padres murieron en manos de aquella misma criatura. Pensó en Chen, tendida en el suelo, probablemente muerta. Sus amigos. Kitagawa. Lo darían todo contra aquel ser.

Eran lo último que le quedaba. No podían morir.

Aoki tiró la naginata al suelo. El Sojobo abrió su pico en una mueca que grotesca.

—Has comprendido, Aoki —dijo asintiendo—. Soy tu destino y por definición, es inevitable, pero después de lo que me has traído... vamos a tener que posponerlo.

Aoki lo miró son comprender.

—Te aconsejo que ayudes a tu amiga antes de que sea demasiado tarde.

Suyin gimió y Aoki se volvió, esperanzado, para verla levantarse, en un kimono gris verdusco, del color de una lápida vieja y agrietada. Algunas hojas caducas se sacudían a través de ella como un espectáculo de sombras chinas que hubiera tomado color. Suyin se miró a sí misma, perpleja, y entonces, Aoki comprendió.

Suyin se desvanecía.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Aoki, temblando, al Sojobo.

—Ella se lo ha hecho viniendo aquí... ¿O la has traído tú, yamabushi? —contestó el Sojobo sacudiendo sus plumas en un estertor.

De pronto, el dios empezó a perder la forma de Sojobo entre temblores y gruñidos de dolor, y ante los ojos de Aoki, las plumas rojas se convirtieron en una piel, translúcida como



la tripa seca de un animal y su forma avícola mutó en la del viejo venoso que tanto temía y que hacía llamarse Kugen.

Aoki lo miró paralizado. Como Sojobo, Aoki lo respetaba, pocas veces se había sentido intimidado, pero Kugen... Aquel monje vetusto y antinatural... Era la forma bajo la que en realidad, había matado a sus padres. El Sojobo los había acosado, pero Aoki recordaba bien el golpe de gracia, bajo sus puños pálidos y palpitantes de venas azules.

Luego aquella mano buscó la suya y se lo llevó junto a él a la montaña.

Kugen carraspeó y su nuez bajó y subió de su cuello como si hablara sin sonido. Parecía que el mundo se tuviera que ajustar a su voz para oírle porque el entorno enmudeció. En algún momento indeterminado, una voz decrepita y cansada como un largo invierno, salió de la garganta del cuerpo atemporal.

—Tan apenas reconozco mi voz humana —dijo Kugen escuchándose con los ojos fijos en un punto indeterminado—. No sé cuántos son ya... Las flores se marchitan y las plantas se pudren, pero yo sigo aquí —levantó la vista hacia Aoki y la clavó en él—. Dejé de contar las marcas en los árboles cuando conté trescientos. Trescientos años. Cada gota de lluvia se lleva algo más de mí para siempre. La montaña intenta que olvide, pero yo sigo luchando por recordar quién soy de verdad.

Kugen calló unos segundos. Se llevó unos dedos huesudos al cuello y se pellizcó hasta que brotó un hilo de sangre y volvió a fijar la vista. Sus facciones se tensaron.

—Ocupé este puesto por error Aoki y tú vas a sustituirme, ese destino no puedes cambiarlo, pero si la hija de ese monje maldito está aquí, todavía hay una posibilidad de que encontréis algo que es mío, y por lo que llevo siglos, atrapado en esta condenada montaña.

Kugen se acercó sin prisa a Aoki, abriendo y cerrando sus puños. Se los miraba como comprobando su elasticidad. Asintió, despacio, complacido. Tras la piel casi traslúcida de su cabeza rapada, corrían infinidad de venas que parecían palpar brillando bajo el sol acuciante.

—La hija de Qiang se va a convertir en un espíritu y va a desaparecer por el Trazo Esencial que escribí en su hombro, cuando su padre la trajo aquí, buscando lo que es mío —Kugen apretó el puño y luego señaló a Suyin con un dedo venoso—. La única manera de que pueda ser revertido es que yo escriba el trazo que lo engloba todo, el trazo del mismo universo: el Enso, con el pincel de las tres plumas sagradas que yo mismo empecé a construir hace mucho tiempo... demasiado —Kugen pareció temblar por unos instantes. Se giró hacia Suyin—. Tu padre, cuando vino a por la pluma no sabía yo ya había empezado a construir el pincel. Pero existe, y vosotros dos vais a ir a buscarlo por mí.



Suyin comenzó a caminar hacia Aoki, Aoki fue a su encuentro, pero cuando alzó la mano para tocarla no encontró nada más que una mano de aire. Suyin intentó tocar al yamabushi con la otra mano pero no sintió más que un frío helado atravesando su piel.

—El pincel con las dos plumas, está escondido en un pequeño templo en Hiei —dijo Kugen mientras se acercaba a ellos, al mismo tiempo que el temblor volvió a apoderarse de él y su cuerpo perdía forma humana—, junto a la estatua de piedra de un buey. Hay un hechizo sobre aquel que quiera coger el pincel, pero no debería ser un problema, ni para ti, yamabushi, ni para la hija de Qiang Chen.

Antes sus ojos, el Sojobo se volvió a manifestar, enorme, rojo y triunfante.

—Coged el fude verde con las dos plumas y traédmelo. La tercera pluma la tengo yo —dijo haciendo un ademán hacia su cola—, así que no podéis hacer nada con él. No hasta que tengáis el pincel completo, así que es inútil que intentéis nada. Yo escribiré con él, el Enso perfecto sobre la hija de Qiang...

—Suyin —le interrumpió ella alzando la vista hacia el dios, frunciendo unas cejas que desaparecían junto al resto de su cuerpo.

—Suyin Chen —se corrigió el Sojobo, encorvando su enorme cuerpo para mirarla de cerca—. A partir de ahora, si no quieres desaparecer de este mundo y convertirte en un espíritu de esta montaña, vas a tener que alimentarte de las almas, el *chi*, creo que lo llamáis... de los vivos... o de los muertos. Eso ya dependerá de ti.

Aoki miró a Suyin que le devolvió una mirada de ojos muy abiertos.

—Y más vale que empieces pronto. Aunque no creo que deba insistirte, porque las sombras del hambre ya deben estar apoderándose de ti.

El Sojobo rio con una risa gutural que casi cloqueaba.

—Es lo único divertido que me ha dado ser un dios en esta húmeda y sofocante montaña —se quejó el Sojobo. Después pegó un alarido al cielo que hizo mover las hojas de los árboles y la runa corrió por el suelo, chocando contra los pies de Aoki, y atravesando los de Suyin— pero las fuerzas para conservar mi forma original se terminan y si lo hacen antes de que me traigáis el fude verde, no podré escribir el Enso.

Cubrió la distancia hasta Aoki, se encorvó sobre él, apuntándolo con su pico. Aoki aguantó su posición.

—Hueles a Kurama, Aoki. No olvides lo que eres y cuál es tu destino, pero si no quieres que tu amiga desaparezca del mundo mortal, tráeme el fude.

Después de esto, batió las alas, levantando un remolino de polvo. Aoki se protegió con el brazo y el Sojobo se alejó volando hacia las entrañas de la montaña.



Aoki se giró despacio para buscar a Chen. Suyin se había movido y se encontraba frente a sus compañeros yamabushi. Miró el cuerpo traslúcido de la chica y a través de ella vio al maestro Kitagawa. Negó, pesaroso con la cabeza y dijo un par de frases que hizo que los monjes comenzaran a abandonar el cementerio. Aoki buscó la mirada de Suyin. Sus ojos oscuros, negros pero distantes, parecían pugnar por brillar, por vivir.

¿Almas para Suyin?

Aoki miró al suelo, negando con la cabeza. Había insistido para traerla a Kurama. Si no lo hubiera hecho, no habría pasado todo aquello... En ese momento, Aoki percibió que Suyin se movía. Levantó la vista para verla caminar o flotar, en su dirección. Sus ojos estaban fijos y se dirigía directo hacia él. Aoki se congeló en su sitio. Chen querría descargar su ira contra él, pensó. ¿O quería su alma?

Pero, para su sorpresa, Suyin lo atravesó y continuó más allá, despacio, sobrepasando un par de lápidas enmohecidas. De repente, recorrió rápido la distancia que le quedaba entre un par de tumbas y se detuvo frente a una sombra. Y entonces, el yamabushi lo vio.

La sombra era Myoden y su alma, el objetivo de Suyin.

9.

EPÍLOGO

La lluvia era tan fina que Aoki no podía discernir si se trataba de humedad flotando en el aire o de una suave llovizna que lo envolvía. De todas maneras, poco importaba.

—Vas a necesitarla —le dijo el maestro negándose a coger la naginata que le daba Aoki, con una rodilla hincada en el suelo.

Aoki sostuvo un rato más el arma en posición horizontal y finalmente, viendo la terquedad del maestro se levantó y lo miró.

—Aoki-kun, no tienes por qué enfrentarte a esto solo.

—Kugen ha sido muy claro, maestro. No pondré a más gente en peligro. Llevaré a cabo esta misión y volveré.

Aoki pensó que con toda certeza, aquella sería su última misión.

El maestro Kitagawa asintió.

—El camino que eliges es honorable, Aoki-kun, pero medita dónde empiezan y dónde terminan tus responsabilidades. Hay trabajos que están más allá de uno mismo.

Aoki asintió.

—Gracias por todo maestro —dijo inclinando la cabeza en señal de reverencia.



El maestro metió la mano entre los pliegues de su kosode.

—Debes llevarte esto —le dijo tendiéndole el collar de bolas, distintivo de los yamabushi.

Aoki lo miró, sorprendido sin mover la mano, congelado donde estaba. El maestro se lo colocó alrededor del cuello.

—Allá a donde vayas, tienen que saber que eres uno de los nuestros —le dijo Kitagawa—. Buena suerte, Aoki Sanbo.

El maestro se alejó tomando el camino estrecho entre las tumbas. A lo lejos se inclinaron en despedida Gunta y Horu. Aoki devolvió la inclinación con pesar. No corrió hacia ellos porque si lo hacía, perdería la resolución que tenía y había alguien le necesitaba. Horu dio la vuelta y se marchó con una mirada triste. Gunta le echó una última mirada, y asintió con un atisbo de sonrisa. Sus ojos brillaban y parecía orgulloso.

Aoki se mordió la lengua y los miró hasta que desaparecieron entre las lápidas y probablemente, hasta que salieron del cementerio y emprendieron el camino de subida al templo.

Miró el vacío que habían dejado, absorto, con la llovizna cayendo sobre él hasta que una cabeza asomó en su campo de visión.

—En verdad, hay algo que tienes, que nos llama desde kilómetros, Sanbo-san.

Aoki miró a Suyin y esbozó una sonrisa.

La chica volvía a tener cuerpo y color. Su cabello corto se estaba pegando a su cuello, mojado por la lluvia. Tenían que irse. Kurama no hacía bien a Suyin. El pensamiento le dio una punzada en el corazón y se llevó una mano inconscientemente allí donde estaba, sobre el kosode. Se topó con el collar de bolas.

Lo alzó para mirarlo. Eran de lana, rojas como una hoja de arce en otoño, suaves al tacto.

Y no le pertenecía. Todavía no.

Se quitó el collar de bolas y lo colgó alrededor de la espigada lápida vertical con un nombre borrado por el paso del tiempo.

Podría ser la de sus padres.

Juntó las manos en el centro del pecho a modo de oración. Cuando terminó, Aoki hizo una última reverencia.

—¿No te lo llevas, Sanbo? —le preguntó Chen con la espalda apoyada en el tronco de una glicina, distraída acariciando lo que parecía un pequeño roedor.

—Volveré a por él cuando sea digno del cargo que representa.

Suyin asintió, dejó ir al animalillo y sacudió su kimono blanco. Se acercó hasta Aoki y empezaron a andar.



Ambos emprendieron el camino de salida del cementerio. El camino que se alejaba de Kurama, el camino que daba comienzo a la búsqueda del fude verde.

----Fin del primer episodio. La Montaña Nunca Olvida---

